

**los
problemas
de la
revolución
española**

3



559

**el partido co-
munistas y la
revolución es-
pañola.**

345

Chico

LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Con este título, que abraza no solamente la actualidad político social de España, sino las perspectivas inmediatas de desenvolvimiento histórico de lo que se llama «la revolución del 14 de abril», las PUBLICACIONES EDEYA inician una interesante serie de ensayos sobre los problemas más urgentes del mencionado desenvolvimiento histórico.

El carácter de la revolución, el problema de su transformación en revolución socialista; el papel hegemónico del proletariado; el del Partido Comunista de España; la cuestión nacional; el problema agrario y las luchas de los campesinos, etc., son los temas de los primeros folletos que van a aparecer en esta serie.

Se trata, no de una interpretación arbitraria de la candente actualidad española, sino de un análisis profundo de cada uno de estos problemas. Análisis sólidamente establecido a la luz del marxismo teórico y vigilado por las indicaciones de las experiencias concretas del leninismo, que es el marxismo operante de esta época del imperialismo y la revolución proletaria.

Escritos en una forma extraordinariamente popular, estos ensayos constituyen un verdadero éxito en el campo de la vulgarización al alcance de los obreros y campesinos.

EL EDITOR

559

EL PARTIDO COMUNISTA Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

(Sección española de la Internacional Comunista)

sus tareas fundamentales en la actual revolución española

I

A pesar del fortalecimiento temporal del poder del bloque burgués-latifundista, la revolución obrera y campesina avanza rápidamente, no de un modo uniforme, sino variado, ora disminuyendo por breve tiempo su curso impetuoso a fin de ahondar su cauce, de arrastrar a las capas oprimidas y explotadas atrasadas, dormidas, embrutecidas, ora acelerando su marcha vertiginosa, desmascarando a los politicastos, a los demagogos, a los aventureros vacilantes, condenándolos al desprecio y reforzando sus propias filas, recogiendo nuevas fuerzas, emprendiendo nuevos combates, provocando explosiones revolucionarias más potentes, frecuentes y amenazadoras de las grandes masas obreras y campesinas. Las perspectivas más próximas están preñadas de nuevos combates revolucionarios de masas, aun más potentes, en las ciudades y pueblos de España. Garantiza esto la situación internacional, constantemente agravada en que se desarrolla la revolución española. Garantiza esto el hecho de que todas las causas materiales-económicas, sociales y políticas que dieron origen a los acontecimientos de abril y mayo del año pasado, que provocaron la caída de la monarquía y la proclamación de la república, siguen obrando con un vigor creciente. No ha sido satisfecha *ninguna* de las reivindicaciones revolucionarias democráticas fundamentales, tiempo atrás maduras y más agudas cada vez, del proletariado, los campesinos y las nacionalidades oprimidas. Pero la lucha de masas por la obtención de estas reivindicaciones se efectúa con una nueva diferenciación política, muy avanzada, en el seno de las fuerzas revolucionarias combatientes. Hasta abril, y hasta julio de 1931, el movimiento revolucionario de masas poseía aún el carácter de un movimiento popular espontáneo no diferenciado y su bandera política era la bandera de la república. Pero en julio de ese año se inicia un viraje, un rápido y profundo proceso de diferenciación política. La república de abril aparece ante los ojos de las masas, cada vez con más claridad, como el poder antipopular con-

trarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes, como la dictadura de la oligarquía burguesa-latifundista y financiera, como el instrumento del imperialismo español y del patriotismo castellano para oprimir a los pueblos de Cataluña, Vasconia, Galicia y Marruecos. El proletariado urbano y campesino no ha obtenido de la república la más mínima mejoría de su penosa situación. Por el contrario, el paro ha aumentado, siguen las reducciones de salarios, las condiciones de trabajo son empeoradas, se acrece la opresión, la miseria, el hambre, se intensifican la represión y las persecuciones, son suprimidos los más elementales derechos y libertades democráticas de los obreros (libertad de asociación, de prensa, de huelga, de manifestación, etc.). Las masas campesinas no han obtenido la tierra ni los aperos de labranza y su situación es más dura e insupportable.

Las nacionalidades oprimidas continúan sojuzgadas. La república, las Constituyentes, la Constitución, el gobierno, los partidos gubernamentales, los republicanos, los socialistas, los radicales, los monárquicos, la policía y la Iglesia—todas estas fuerzas, grupos, han puesto y ponen cada vez más claramente al descubierto su rostro y su fondo de defensoras de los intereses y privilegios de la burguesía y los terratenientes, de enemigos encarnizados del proletariado y los campesinos. Se desvanecen las ilusiones constitucionales, republicanas, democráticas. Ante los ojos de las grandes masas aparece la traición de los socialistas, radicales, republicanos, a sus reivindicaciones y esperanzas. Se descubre la traición de los partidos y grupos que dirigían el movimiento nacional de emancipación de los pueblos oprimidos. Se pone de manifiesto la bancarrota, la ineptitud, la politiquería, el aventurerismo, la traición de los jefes anarcosindicalistas.

Crece con rapidez y amplitud incontenibles el desencanto del proletariado y los campesinos en lo que atañe a aquellos partidos y grupos que, ayer aún, eran su esperanza y sus directores. Sube la ola de la lucha revolucionaria espontánea. En cientos y miles de frentes se producen combates de clase. La revolución empieza a cobrar vigor máximo. Se ha iniciado ya la revolución campesina. La hoguera revolucionaria se ha adueñado del campo y, a la par, se empeora la dura situación de considerables capas de la pequeña burguesía urbana. La revolución se dilata y avanza tenazmente. La dominación temporal del bloque contrarrevolucionario burgués-latifundista se ejerce sobre un terreno volcánico. Una nueva explosión de la revolución popular, obrera y campesina por sus dos fuerzas motrices sociales principales, puede atraer a su lado a considerables capas no proletarias, pero oprimidas y descontentas.

tas, de la pequeña burguesía urbana. Sobre la base del descontento de estas capas de la pequeña burguesía urbana en medio del ahondamiento y la agudización de la crisis revolucionaria, es posible la creación y formación de nuevas agrupaciones o partidos políticos con una plataforma pequeño-burguesa revolucionaria de "izquierda". El partido de Franco-Balbontín, las tentativas de crear un bloque anarco-sindicalista balbontiniano y otras manifestaciones análogas de revolucionarismo pequeño-burgués, son otros tantos intentos para impedir que el proletariado revolucionario cumpla su misión de clase hegemónica, de guía de la revolución obrera y campesina.

El proletariado no debe tolerar esto. Las lecciones de los dos años de desarrollo de la revolución española con todas sus peripecias no deben ser olvidadas. La revolución española actual sólo podrá vencer bajo la dirección del proletariado, del proletariado, conduciendo en pos suyo a los campesinos y a los pueblos oprimidos (en su inmensa mayoría obreros y campesinos), conduciendo en pos suyo a todas las capas trabajadoras no proletarias explotadas, oprimidas y descontentas. Así y solo así puede garantizarse la victoria de la revolución española.

El proletariado combatiendo con más decisión y energía que nadie por la satisfacción de las reivindicaciones campesinas, por la supresión despiadada de todos los vestigios medievales en las relaciones agrarias, por la destrucción del yugo que oprime a las masas campesinas, sosteniendo con más decisión que nadie la lucha de los campesinos, conquista a su causa a las masas campesinas, favorece la creación de una alianza revolucionaria sólida con los campesinos, asegura tal amplitud a la revolución campesina que, en su curso ulterior, hace inevitable, acorta y facilita la transformación de la revolución obrera-campesina en revolución proletaria-socialista.

El proletariado, combatiendo con más energía que nadie todas las formas de opresión nacional y de privación de derechos, apoyando con la máxima decisión la lucha de emancipación de las nacionalidades oprimidas, conquista a su causa, como aliado de combate, a los pueblos oprimidos, los libera del influjo de sus burguesías y terratenientes nacionales, de sus curas y de sus héroes nacionales traidores. Así, y sólo así, el proletariado conquista, conquistará y reforzará su hegemonía en la actual revolución española, conduciéndola hasta su victoria decisiva. Y la victoria decisiva de la actual revolución española, con la crisis general del capitalismo y la nueva serie de revoluciones proletarias y de guerras imperialistas significa el desbordamiento inevitable del mar-

co más radical de la revolución burguesa-democrática. La victoria decisiva no significa la paralización de la lucha revolucionaria, sino su desarrollo aun más impetuoso en un nivel más alto. La victoria decisiva de la actual revolución española, obtenida únicamente bajo la dirección del proletariado, significa el derrocamiento violento y organizado del poder burgués-latifundista por los obreros y campesinos; significa la formación de un gobierno obrero y campesino, la creación del poder revolucionario de los obreros y campesinos, el establecimiento de la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos apoyada en los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados, y en la fuerza revolucionaria armada de las masas populares trabajadoras.

Esta dictadura revolucionaria democrática de los obreros y campesinos en las circunstancias internacionales e interiores actuales, esta dictadura triunfante por la destrucción revolucionaria del poder del bloque burgués-latifundista, no es el fin de la revolución, no es la organizadora de una Arcadia pacífica de orden pequeño-burgués, sino una potente palanca e instrumento para el triunfo de la dictadura del proletariado y de la revolución socialista.

La actual revolución española no vencerá más que bajo la dirección del proletariado. Es necesario organizar, dirigir la revolución. Es menester agrupar, dirigir para un fin único todos los aliados revolucionarios, todos sus destacamentos, todos los frentes de combate. La revolución la hacen las masas mismas. A estas masas puede dirigir y orientar únicamente el proletariado. Y al proletariado lo dirige su vanguardia consciente, organizada, única consecuentemente revolucionaria: el partido comunista. Los partidos y grupos republicanos, radicales y socialistas han traicionado a los obreros y campesinos, convirtiéndose en los destacamentos y guías más activos y organizados de la política de la contrarrevolución burguesa-latifundista. Han fracasado los jefes anarco-sindicalistas, han fracasado cien veces sus opiniones, su teoría, su táctica, sus métodos. Muchos jefes anarco-sindicalistas, abierta o encubiertamente, han traicionado, traicionan y desorganizan con plena conciencia las fuerzas revolucionarias. Otros traicionan y desorganizan la revolución, por inconsciencia, por incomprensión del carácter perjudicial de la táctica y los métodos del revolucionarismo pequeño-burgués. La única bandera bajo la cual el proletariado unificado y los campesinos dirigidos por él conducirán su lucha hasta el triunfo de la revolución es la bandera del partido comunista. No existe otro camino.

II

La suerte de la revolución española está, pues, ligada al crecimiento del influjo ideológico, político y de organización del P.C. de España, al fortalecimiento de su contacto con las masas, al desarrollo de su capacidad de orientarse justamente en la marcha concreta de los acontecimientos, de trazar directivas justas, de lanzar a tiempo consignas adecuadas y en general de saber dirigir todos los aspectos del movimiento obrero, todos los frentes de la lucha revolucionaria.

En un período de año y medio de impetuosos acontecimientos revolucionarios, el partido comunista se ha desarrollado considerablemente en todos los sentidos. El partido, que a principios de 1931 contaba apenas 1.200 miembros y estaba compuesto de grupos dispersos, pequeños, replegados sobre sí mismos (débilmente ligados con las masas, débilmente ligados entre sí y con la dirección central), ha aumentado sus efectivos en proporciones bastante serias. En la actualidad el número de afiliados excede de 16.000. Más de 20.000 obreros llaman a las puertas de las organizaciones del partido. El partido existe ya en todos los lugares de España, como ha demostrado el IV Congreso del partido. Ha crecido y se ha reforzado la organización del partido en Andalucía y en primer término en Sevilla. Se ha dilatado la influencia del partido en Galicia, en Aragón, en Asturias, en Vizcaya y otras regiones y provincias. La Unión de Juventudes, que se halla bajo la dirección inmediata del partido, también se ha desarrollado considerablemente: en abril de 1931 contaba 400 miembros, en la actualidad tiene más de 14.000. Asimismo ha crecido la influencia del partido en los sindicatos.

La actividad política del partido se ha acrecentado también considerablemente. Los combates de julio de 1931 en Sevilla, librados bajo la inmediata dirección del partido, son las exponentes del comienzo de un viraje en la actividad política del partido. En toda una serie de huelgas y manifestaciones en diversas provincias, el P.C. ha participado activamente como destacamento de vanguardia y director. La huelga del 25-26 de enero de 1932, organizada directamente por el partido, a pesar de no ser realizada con el mismo éxito en todos los centros principales, aunque puso de manifiesto muchas debilidades e insuficiencias de nuestro partido, fué sin embargo un enorme paso adelante en la actividad del partido y una prueba indiscutible de su creciente influjo en escala nacional. La huelga y las manifestaciones de esos días dieron a conocer el partido a todo el país.

El movimiento de primero de mayo de este año, dirigido también por el P.C., mostró que la influencia del partido crece invariablemente. Los campesinos empiezan a interesarse por nuestro partido. Una serie de sindicatos de obreros agrícolas, adherentes a la central sindical reformista, defienden abiertamente la plataforma agraria de nuestro partido. La influencia ideológica y política del partido comunista empieza a penetrar profundamente también entre los obreros organizados en la C.N.T. dirigida por los anarcosindicalistas. Considerables capas de obreros comienzan no sólo a escuchar al partido, sino hasta a acercarse notablemente a él. Una prueba indirecta del crecimiento ininterrumpido de la influencia política del P.C. es la campaña feroz que sostienen contra los comunistas la prensa y los partidos burgueses-latifundistas, la campaña de los socialistas y particularmente la orgía de persecuciones y represiones contra el P.C., contra sus militantes más activos, contra su prensa. Todavía hace un año, burguesía y terratenientes, socialistas y monárquicos, radicales y católicos hablaban del P.C. con burla desdeñosa. Hoy en su rostro hay dibujada una mueca de espanto y con un odio feroz movilizan contra el P.C. todas las fuerzas funestas de la contrarrevolución.

El partido crece, refuerza su organización numéricamente, afianza su enlace con las masas, eleva su actividad política, destaca nuevos cuadros jóvenes de revolucionarios audaces y abnegados, dispuestos al sacrificio de la propia vida. El crecimiento, los progresos, las conquistas del partido son evidentes. El viraje del partido en la vida interna, en el trabajo interno y en la actividad política de masas ha comenzado ya. El partido avanza, se purifica en el fuego de los combates, marcha hacia su transformación en un verdadero P.C. de masas de tipo bolchevique. A la vez que señalando algunos de los momentos positivos, éxitos y conquistas más importantes del P.C., es necesario sin embargo considerar críticamente y esclarecer nuestros principales errores, insuficiencias y debilidades a fin de corregirlos, de vencerlos, a fin de reforzar en todos los aspectos el P.C., garantía de la victoria de la revolución. Nosotros no tememos descubrir nuestros propios errores y debilidades.

“La actitud de un partido político frente a sus errores, es uno de los criterios más importantes y certeros para juzgar de su seriedad y del cumplimiento *real* de sus obligaciones con respecto a su *clase* y a las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente el error, descubrir sus causas, analizar las circunstancias que le han dado nacimiento, examinar atentamente los medios de corregir el error—he aquí la prueba de la seriedad del partido, del cumpli-

miento de sus obligaciones, de la educación e instrucción de la clase y después de la masa" (Lenin — "El extremismo, enfermedad infantil del comunismo").

Hemos incurrido en no pocos errores y de carácter bastante serio. Hemos dado pruebas de muchas debilidades. Seguimos cometiendo errores y manifestando no pocas debilidades y defectos. No hemos corregido y vencido todas plenamente. No hemos asimilado todas las lecciones. Detengámonos brevemente en nuestros principales errores, debilidades y faltas.

En primer lugar, nuestro error principal fué la comprensión equivocada del contenido social interno y de las fuerzas motrices de la actual revolución española, la falta de una estrategia revolucionaria justa, la falsa apreciación desde el punto de vista de clase de los acontecimientos que se desarrollaban, la falsa línea táctica y, por consiguiente, la formulación de consignas de acción falsas. Este error se manifestó en forma más aguda, clara y concentrada en vísperas y durante los acontecimientos de abril de 1931.

Poco después de su fundación, cuando aún no había logrado fortalecerse bastante ideológica, políticamente y desde el punto de vista de organización, y conservaba gran parte de ideas, tradiciones y métodos heredados de los socialistas y anarcosindicalistas, nuestro partido fué reducido a la ilegalidad completa por la dictadura de Primo de Rivera. Durante la dictadura de Primo de Rivera, nuestro partido, compuesto de grupos dispersos, conspirativos, de propagandistas débilmente vinculados con la dirección central, no se planteó el problema de la revolución que maduraba, el problema de su contenido económico-social y de sus objetivos inmediatos, el problema de sus fuerzas motrices, de sus particularidades. Y, por consiguiente, el problema de las tareas esenciales del proletariado y del partido comunista en esta revolución no fué planteado por nosotros seriamente como nuestra principal preocupación.

Es cierto que en algunos documentos del partido del período 1927-28 existen alusiones a la perspectiva de la revolución que maduraba. Más aún, en las tesis políticas del III Congreso del partido (verano de 1929) se hace una apreciación relativamente justa de las perspectivas inmediatas y del carácter de la revolución que maduraba. En dichas tesis se lee:

"Sólo el proletariado puede conducir consecuentemente a las restantes capas trabajadoras hasta la victoria definitiva de la revolución democrático-burguesa (revolución agraria, solución revolucionaria del problema nacional, derrocamiento de la monarquía, abolición del poder de la iglesia, supresión del poder del cuerpo

de oficiales y de los funcionarios, extirpación del caciquismo, etc.). Es necesario señalar que la lucha revolucionaria en desarrollo no ha de pararse en la etapa burguesa democrática. La etapa burguesa democrática no debe ser considerada de otro modo que como una etapa transitoria hacia la revolución socialista, hacia la dictadura del proletariado... El objetivo inmediato del P.C. de España es la dictadura revolucionaria democrática de los obreros y campesinos, organizada sobre la base de los Soviets obreros y campesinos y que halla su expresión en el gobierno obrero y campesino. Naturalmente, la forma de Estado que adopte la dictadura democrática de los obreros y campesinos no puede ser otra que una República Soviética, encarnando el poder de los obreros y campesinos y dando satisfacción a las reivindicaciones nacionales de toda la población trabajadora de España — la República Federativa Soviética de los obreros y campesinos de la península ibérica.”

Sin embargo, esta resolución del III Congreso de nuestro partido, lo mismo que las indicaciones especiales del programa de la Internacional Comunista concernientes a España, no las hemos estudiado suficientemente, no las hemos analizado, no las hemos asimilado, no nos hemos inspirado en ellas. Deseábamos y esperábamos el derrocamiento y la caída del régimen de Primo de Rivera. Excitábamos a los obreros a la huelga; en algunos sitios participamos activamente en su preparación, organización y dirección; hablamos de la transformación de las huelgas económicas en huelgas políticas de masas; pero en nuestra idea, la lucha huelguística no era concebida como el frente decisivo de un plan estratégico determinado, como la preparación y la iniciación de la revolución obrera y campesina. La lucha contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía no la planteamos seriamente, como una revolución de las amplias masas de obreros, campesinos y de las nacionalidades oprimidas, como una revolución popular de todos los explotados y oprimidos bajo la dirección del proletariado. No planteamos práctica, políticamente así la cuestión, y por eso nos apartamos y mantuvimos alejados del movimiento de masas.

De ahí nuestra posición de apartamiento y alejamiento de la ola revolucionaria creciente. Queríamos ser intransigentes y conservar la “pureza” de nuestros principios de clase, sin advertir que esta “intransigencia” nuestra reflejaba nuestra pasividad sectaria, nuestra pequeñez e insignificancia, nuestra incomprensión del deber de ponernos a la cabeza de las acciones revolucionarias de masas. La posición sectaria pasiva no preservó en modo alguno al partido de errores oportunistas, pequeño-burgueses de derecha.

Muchos comunistas, incluso algunos de los directores más responsables del partido, alimentaban grandes ilusiones respecto de las conspiraciones militares y pequeño-burguesas, etc., respecto de las combinaciones conspirativas. Muchos creían que el derrocamiento de la dictadura de Primo de Rivera y de la monarquía era cosa de carácter poco esencial, estrechamente político, era exclusivamente una tarea de las capas democráticas y de los partidos de la burguesía y de la pequeña burguesía y no una tarea del proletariado y del P.C. Incluso aquellos que admitían teóricamente la posibilidad de que estallase en España una revolución de contenido burgués-democrático, que señalaban la existencia de condiciones objetivas para esta revolución y la rápida madurez de su desencadenamiento, pensaban que había de efectuarse dirigida por la burguesía y no comprendían que era una revolución obrera y campesina, que la burguesía había pasado a ser una fuerza contrarrevolucionaria, que la revolución debía de encabezarla el proletariado, bajo la dirección del P.C.

Por eso, los acontecimientos de mayo y abril de 1931 sorprendieron al partido; el partido apareció desorientado ante el ritmo impetuoso y la enorme amplitud de esos acontecimientos. La nueva situación planteó ante el partido en forma agudamente imperativa enormes tareas, que el partido no pudo ni podía cumplir porque no estaba preparado por su trabajo y actividad anteriores, por su falta de enlace con las masas, por su incompreensión de las exigencias y estado de espíritu de estas últimas. El partido se encontró temporalmente, en el curso de los meses más críticos de más intensos movimientos de masas, paralizado por la falta de una apreciación justa de lo que acontecía, por la falta de una estrategia y una táctica justas. Y, a consecuencia de esto, el partido incurrió en errores muy serios lanzando entre las masas combatientes, no consignas de acción revolucionaria práctica, inmediata, sino consignas generales de propaganda, inadecuadas al momento, incomprendidas por las masas.

Con la ayuda del C.E. de la I.C., cuyas anteriores indicaciones, directivas y observaciones críticas justas habíamos acogido con escasa seriedad, logramos elaborar una línea estratégica y táctica justa, empezamos a apreciar correctamente la esencia de clase de los acontecimientos que se desarrollaban. Pero aquí también hubo errores y confusiones. El problema más importante, de cuya comprensión justa depende la dirección acertada de las acciones revolucionarias, el problema de la correlación entre la revolución burguesa-democrática (obrero y campesino) y la revolución proletaria-socialista sigue siendo todavía poco clara para muchos camaradas.

Ahora bien, este problema tiene un profundo sentido político práctico. Pues es el mismo problema de la hegemonía del proletariado en la revolución en curso, el problema de su transformación en revolución proletaria socialista, el problema del enlace organizado e indisoluble entre la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos y la consigna de dictadura del proletariado, el problema de la comprensión y del abordamiento político práctico justo de dos momentos de un proceso revolucionario único, de dos eslabones de una cadena revolucionaria única.

La confusión en este problema es inadmisible. Es inadmisible que en la prensa del partido o en los discursos de nuestros camaradas se diga que, puesto que la revolución obrera y campesina española es burguesa-democrática en la etapa actual de su desarrollo, la consigna de dictadura del proletariado es una consigna contrarrevolucionaria.

Hablar así es intolerable. Luchar por el triunfo de la revolución proletaria socialista, por el triunfo de la dictadura del proletariado es la obligación primordial, rectora, de principio, de todo comunista. A través de todas las formas de la lucha de clases del proletariado, los comunistas preparan a este último precisamente para tal fin. Justamente persiguiendo este fin los comunistas consiguen que el proletariado pase a ser el director activo y consciente de la revolución obrera y campesina. Justamente tendiendo a tal fin los comunistas ayudan al proletariado a reconocer y cumplir su misión de guía de la revolución campesina.

Naturalmente, nosotros no olvidamos, no podemos ni debemos olvidar, sino que tenemos en cuenta y debemos tener en cuenta, la profundidad y el ritmo del proceso de la diferenciación de clases en el campo. Y si, en la actual etapa de desarrollo de la revolución, el proletariado, bajo la dirección del P.C. sostiene una enérgica lucha por la radical extirpación de todos los vestigios medioevales en el campo, por la solución campesina-plebeya, radical, de la cuestión agraria, el proletariado no sólo atraerá a la senda revolucionaria a toda la población trabajadora y explotada del campo, sino que acelerará también y preparará la diferenciación política de clase en el campo.

Las gentes han oído hablar y hablar de la diferenciación de clases en el campo, del proletariado agrícola, de la lucha de clases en el campo, de la diferenciación de los campesinos, pero no han comprendido ni comprenden lo más esencial: ¿para qué todo esto? Es decir: saber en torno de qué cuestiones y reivindicaciones se desarrolla el movimiento de masas, la lucha de masas, establecer

dónde se alza en la actual etapa de desarrollo de la lucha revolucionaria la línea principal de demarcación de clase entre el campo de la revolución y el de la contrarrevolución, contra qué capas y clases se concentra el fuego del ataque revolucionario, qué capas y clases componen el campo revolucionario y cuál es la correlación existente entre ellas en la actual etapa de la revolución. No han comprendido ni comprenden el hecho, ni siquiera lo ven, de que 3 ó 3 millones y medio de obreros agrícolas son explotados y oprimidos no pura y simplemente por capitalistas agrarios, sino por latifundistas semifeudales. Los enormes vestigios de relaciones agrarias medioevales y las condiciones de explotación y opresión de la población trabajadora agrícola, son un duro fardo que pesa no sólo sobre los hombros de los campesinos libres —propietarios y arrendatarios—, de los pequeños arrendatarios, de los campesinos pobres y de los semiproletarios, sino también y aun con más fuerza sobre el proletariado agrícola. Una enorme parte de obreros agrícolas se encuentra, no en la situación de asalariados libres, sino de proletarios atados por una espesa red de cargas semifeudales, en la situación de proletarios privados de derechos, desposeídos, eternamente hambrientos y parados. Estos proletarios agrícolas han actuado y actúan siempre como avanzadas de la lucha revolucionaria en el campo. Siempre han sido, y siguen siendo, el destacamento de vanguardia en la aldea. Sostienen a menudo huelgas tenaces, resistiendo enérgicamente a las fuerzas armadas de los latifundistas y autoridades. Organizan con frecuencia imponentes manifestaciones, están dispuestos, como lo han demostrado más de una vez, y con particular vigor ahora, que responden a la lucha de los obreros urbanos, sosteniéndola, declarando huelgas y organizando manifestaciones de solidaridad. ¿Contra quién sostiene la lucha el proletariado agrícola? En primer lugar, y fundamentalmente, contra los terratenientes, contra los caciques, contra la guardia armada de los latifundistas, contra las fuerzas policíacas. ¿Cuál es la actitud de las restantes capas trabajadoras de la población agrícola frente a los proletarios rurales y sus luchas? Esta cuestión es importantísima. Los hechos suministran la respuesta, y la respuesta es ésta: los campesinos en su totalidad (las excepciones individuales no tienen importancia, por cuanto se trata de apreciar la esencia de fenómenos de masa) simpatizan con el proletariado agrícola, le prestan una ayuda, más o menos activa, material, física y moral. Más aún, las diferentes capas campesinas, despiertas y agitadas por la lucha enérgica de los obreros agrícolas, empiezan también a formular sus reivindicaciones y comienzan a intervenir y luchar, más o menos resuelta

y consecuentemente, contra las cargas semif feudales, el yugo y las condiciones de explotación que les oprimen. Así, pues, el curso efectivo de la lucha revolucionaria en el campo, según confirman los hechos de todas las provincias, se desarrolla bajo la bandera de la lucha contra los terratenientes, contra todos los vestigios semif feudales de toda suerte en las relaciones agrarias. En esta lucha, los obreros agrícolas y los semiproletarios ocupan las posiciones de vanguardia, arrastran tras de sí a las grandes masas de la población agraria, se ganan la simpatía y obtienen la solidaridad activa de estas últimas. Por lejos que haya llegado la diferenciación de clase en el campo, es un hecho que el antagonismo fundamental de clases, que los agudos choques de clase no se producen en el seno del campesinado mismo, sino entre los campesinos, encabezados por el proletariado agrícola, y los terratenientes, sostenidos por el capital financiero, por la gran burguesía capitalista, por el actual régimen contrarrevolucionario del gobierno republicano-socialista que encarna el poder político del bloque burgués-latifundista.

Mientras esta situación subsista, mientras en el campo la línea de los antagonismos de clase y de la división de dos campos en lucha uno contra otro se alce entre los campesinos y los terratenientes, mientras el principal objeto de la lucha sea la cuestión de la tierra y la supresión de todos los enormes vestigios medievales casi no tocados en absoluto por el cambio de régimen de abril, la revolución española tendrá un carácter burgués-democrático, con la particularidad de que será encabezada por los obreros y campesinos bajo la dirección de clase del proletariado, y de que estará dirigida también contra la burguesía que ocupa el puesto dirigente en el bloque burgués-latifundista. Tratar de saltar por encima de la realidad, apartarse del movimiento revolucionario de masas, intentar forzar la realidad y pensar en trasladar, en la etapa actual, la línea fundamental de la lucha revolucionaria en el campo al interior de los campesinos mismos, cuando la diferenciación política de clase entre ellos todavía no ha madurado bastante, no se ha manifestado exteriormente en forma de agudos choques de masas, sería no sólo insensato y puro aventurerismo, sino una ayuda directa a la burguesía, sería el aislamiento de la vanguardia proletaria revolucionaria rural, sería la negativa de todo el proletariado a dirigir la revolución campesina, sería dejar a las masas campesinas en manos de la burguesía y terratenientes. Somos comunistas, y no filisteos pequeño-burgueses, somos el P.C., la vanguardia organizada del proletariado revolucionario, luchamos por la conquista y el afianzamiento de la hegemonía del

proletariado en la actual etapa de la revolución y por eso no nos encerramos en los marcos de la revolución burguesa democrática, sino que vamos e iremos más allá de sus límites. Pero no somos sectarios ni aventureros, no somos héroes aislados ni conspiradores, sino la organización de vanguardia de la clase revolucionaria, la vanguardia del proletariado que arrastra tras de sí a las grandes masas. *Y la revolución la hacen las masas*, no héroes audaces.

Los literatos impacientes, y en el fondo políticamente pasivos, contemplativos, que hablan de la revolución proletaria socialista ahora, hoy, como de la consigna inmediata del movimiento revolucionario actual, son simples charlatanes que, hablando de la revolución proletaria, desvían la atención del proletariado del cumplimiento de su tarea imprescriptible de hoy: dirigir a lo plebeyo la revolución campesina que, en las circunstancias internacionales e internas actuales, facilita en alto grado y acelera el triunfo de la revolución proletaria-socialista.

Quienes comprenden el papel del partido y del proletariado como clase hegemónica, como guía de la actual revolución española, quienes están sincera y honradamente persuadidos y desean seria y conscientemente agrupar, organizar, dirigir todas las fuerzas revolucionarias, están obligados a tener en cuenta la realidad, la disposición real de las fuerzas de clase de la revolución y la contrarrevolución en cada sector y en *cada momento* del desarrollo de la lucha. No podemos ignorar que enormes capas campesinas, pequeño-burguesas por su situación de clase, que considerables capas de la pequeña burguesía urbana, que vastas masas pequeño-burguesas-urbanas y particularmente campesinas de las nacionalidades oprimidas muestran no sólo descontento, sino el deseo y la disposición de luchar al lado de la revolución. Su revolucionarismo no es inagotable, ni consecuente, ni tenaz; manifiestan vacilaciones frecuentes, oscilaciones, no son capaces de ir hasta el fin. Todo esto es absolutamente cierto. Es menester atraerles, dirigirles, empujarles. Y, si el proletariado no lo hace, la burguesía las sojuzgará con más vigor y las convertirá en baluarte de clase para destruir al proletariado revolucionario. Así está planteada la cuestión. Y únicamente los sectarios miopes, los aventureros, los individualistas pequeño-burgueses no comprenden esta cosa elemental, y, en lugar de acometer seriamente la organización y dirección de la *lucha directa de las masas*, lanzan fórmulas y consignas teóricas de propaganda.

La consigna de "dictadura democrática del proletariado y los campesinos" no es una consigna de propaganda, sino un lema de *acción directa de masas actual*, el lema de la lucha revolucionaria

inmediata del proletariado y los campesinos. La razón de tal consignación la confirma la lucha revolucionaria, que crece y se dilata, de los campesinos. No ignoramos, conocemos y apreciamos justamente, la heterogeneidad de las masas campesinas, el grado alcanzado y el ulterior proceso de desarrollo de la diferenciación de clases entre esas masas. Pero no debemos ignorar, sino tomar en consideración, el enorme significado político del hecho de que, en la actual etapa de la revolución, los campesinos en conjunto están dispuestos a luchar y luchar, aunque no con análoga decisión en todas las provincias, pero luchan de todos modos, contra los terratenientes y caciques, contra las autoridades que los sostienen. El problema de la tierra, de la supresión de todos los vestigios de las relaciones agrarias medioevales, de todas las cargas y pesos, este problema sigue siendo la cuestión vital central para toda la población campesina trabajadora. En torno de la bandera de la lucha por la tierra, por la supresión de los vestigios medioevales, se agrupan vastísimas masas de campesinos. El movimiento revolucionario de las masas campesinas no es una tesis teórica, no es una afirmación dogmática abstracta, no es una previsión, no es una probabilidad o una posibilidad hipotética, sino un hecho real, vivo, palpable, que domina la situación actual en el campo español. ¿Podemos ignorar esta realidad? No, no podemos. Estamos obligados a tenerla presente. Vastísimas masas campesinas, y no sólo de obreros agrícolas y campesinos pobres, sino también de campesinos medios, luchan, se rebelan y se esfuerzan "motu proprio" en resolver a lo plebeyo la cuestión agraria. Ni que decir tiene que la revolución campesina plebeya no se señala, ni puede señalarse, como tarea directa el establecimiento en el campo del régimen socialista, de las relaciones agrarias socialistas. Por lo menos, considerables capas campesinas, dispuestas a participar hoy o que participan ya en la lucha revolucionaria contra los latifundistas no traspasarán, no pueden traspasar, las fronteras de la solución *burguesa-democrática* de la cuestión agraria. Pero la tarea más rabiosamente actual consiste en dar *hoy* el máximo impulso de masas a la revolución agraria, en atraer a todos los campesinos explotados, trabajadores y descontentos, a todas las capas vacilantes e inestables al camino revolucionario, en aislar a los terratenientes, a la gran burguesía y a las autoridades contrarrevolucionarias de las grandes masas campesinas. Cuanto más resueltamente cumplamos esta tarea actual, cuanto más radicalmente extirpemos los vestigios medioevales, más firme, rápida y seguramente pasaremos y acometeremos la nueva tarea que deriva inevitablemente de aquí. ¿Acaso no se comprende que la radical supresión

de todos los vestigios semifeudales y de todas las bases materiales—económicas y sociales—políticas del poder de los latifundistas ligados con los magnates del capital financiero, se convierte inevitablemente, no en la conclusión de la lucha revolucionaria, no en su fin, no en el comienzo de la tranquilidad social, sino en un impulso imperioso aun más enérgico del ulterior ataque revolucionario?

La vacilación y la confusión en estas cuestiones en el interior del partido son inadmisibles, perjudiciales, y es necesario vencerlas en el más breve plazo. La tarea imperiosa del proletariado del P.C. en la etapa actual del desarrollo de la revolución consiste en no encerrarse en sí mismo, en no desentenderse del vasto movimiento revolucionario campesino, sino en ayudarlo con todas las fuerzas y dirigirlo. Desgraciadamente, nuestro partido no ha comprendido aún con bastante claridad estos problemas y por eso su trabajo entre los campesinos es sumamente defectuoso. El partido no ha hecho un viraje por lo que se refiere al trabajo en el campo y ese viraje hay que efectuarlo a toda costa.

III

Análogos errores y vacilaciones, análoga actitud y pasividad hemos manifestado, y desgraciadamente seguimos manifestando, aunque en menor medida, en lo que atañe al movimiento de emancipación nacional de los catalanes, vascos, gallegos y marroquíes. No comprendiendo con suficiente claridad el carácter democrático burgués de la actual revolución española, con todas sus particularidades específicas, motivadas por las condiciones histórico-económicas, político-sociales de la actual situación nacional e internacional; no comprendiendo con suficiente claridad el papel específico del proletariado como clase directora, como clase hegemónica de esta revolución, tampoco pudimos apreciar justamente el movimiento de emancipación nacional de las nacionalidades oprimidas. Por eso no se puede considerar satisfactoria nuestra actividad, la actividad del partido en este dominio. Todavía hasta el IV congreso del partido (marzo de 1932) había en el partido camaradas responsables, como Millá, Carlos Vega y otros, que negaban y tal vez sigan negando, en general hasta la existencia del problema nacional en España, que consideraban que la cuestión nacional en España era únicamente un invento de la I.C. y del C.E. del P.C. de España. Y seguramente hay compañeros que piensan lo mismo, aunque no lo hayan dicho en voz alta. Pero lo más

importante, y en esto radica la gravedad de la situación, es que de hecho, práctica, políticamente, en nuestra actividad y trabajo diarios, seguimos dando muestras de una pasividad relativamente enorme en este dominio. Ahora bien, esta pasividad, si se manifiesta en comunistas pertenecientes a la región castellana opresora, refleja en la práctica lo mismo que piensan y dicen Millá, Carlos Vega y otros, es decir, refleja el influjo del patriotismo de gran potencia opresora de la nación castellana y, por consiguiente, dificulta horriblemente la incorporación del movimiento nacional de emancipación de los catalanes, vascos, gallegos y marroquíes al frente único de la revolución obrera y campesina en la escala de todo el país. A análogas consecuencias, aunque desde otro extremo y por otros caminos, conduce la pasividad y la posición vacilante en la cuestión nacional, de los comunistas pertenecientes a las nacionalidades oprimidas. Todos estos errores y vacilaciones debemos enmendarlos, acabando con la pasividad y la lentitud. Y en este dominio, como en los demás, las raíces de nuestros errores y vacilaciones hay que buscarlos en el hecho de que no hemos vencido y destruido bastante radical y decisivamente en nuestras filas la influencia ideológica y política, las tradiciones, los hábitos y costumbres del medio pequeño-burgués que nos circunda. Los socialistas españoles, con cínica franqueza en las palabras y con bárbara práctica, demuestran la necesidad de mantener, prolongar y reforzar la situación de inferioridad jurídica, opresión y vasallaje de los catalanes, vascos, gallegos y la situación de opresión colonial de los marroquíes. Están por el afianzamiento y consolidación de la situación privilegiada de la nación castellana opresora, por el robustecimiento del poder central del imperialismo español. Los anarcosindicalistas también están contra las reivindicaciones revolucionarias de emancipación nacional de las nacionalidades oprimidas. Los partidos burgueses y pequeño-burgueses llamados regionalistas o nacionalistas, de Cataluña, Vasconia y Galicia, también traicionan abiertamente o en forma encubierta, los intereses de las nacionalidades oprimidas. Nosotros debemos desenmascarar incansablemente, concretamente, a estos partidos y grupos. Nosotros, como único partido consecuentemente revolucionario, debemos demostrar y probar, con nuestras palabras y por nuestra actividad política práctica, a los campesinos y obreros de las nacionalidades oprimidas el único camino justo y acertado siguiendo el cual lograrán destruir la opresión nacional, lograrán la plenitud de derechos. Pero aquí también nosotros enlazamos la lucha por la emancipación nacional con la lucha por la satisfacción de las reivindicaciones económicas inmediatas de los obreros y campesinos de las

nacionalidades oprimidas. Nosotros, P.C., vanguardia del proletariado revolucionario, sólo mereceremos plenamente este calificativo de vanguardia cuando demos pruebas de saber elevar la conciencia y la organización del proletariado, así como sus acciones de masas, hasta el punto de convertir a este último en el director de todas las masas trabajadoras y explotadas de la ciudad y el campo y del movimiento de emancipación de las nacionalidades oprimidas contra el enemigo común. Un error político de carácter sectario—corporativista muy profundo, fué cometido por nuestra organización de Galicia cuando la gran huelga de Orense y otros puntos en marzo de este año. Siendo nosotros los principales directores del movimiento, nuestra organización del partido no presentó reivindicaciones específicas para los campesinos. Olvidó también las reivindicaciones nacionales. Ahora bien, el movimiento era de enorme amplitud, verdaderamente de masas, popular, pues intervinieron solidariamente al lado de los huelguistas no sólo obreros industriales y agrícolas, sino también campesinos y considerables capas de la pequeña-burguesía urbana. Y ocurrió que, mientras el partido comunista, director del movimiento, formulaba reivindicaciones exclusivamente corporativas y únicamente para los obreros, los grupos pequeño-burgueses y burgueses formularon, naturalmente en el terreno de la legalidad reformista, la reivindicación de la supresión de los foros, la anulación de los impuestos para los campesinos, la autonomía nacional, etc. El resultado fué que no salió ganando nuestro partido, sino estos grupos políticos pequeño-burgueses. Nosotros no supimos enlazar las reivindicaciones económicas inmediatas de los obreros con las de los campesinos y ligar la lucha de masas que se desarrollaba en torno de estas consignas con el movimiento aún más amplio de la lucha nacional de emancipación del pueblo gallego.

IV

Otra cuestión importante, en la cual el partido y particularmente algunas organizaciones provinciales no han seguido a menudo una línea justa y en la que continúan incurriendo en errores, es la cuestión de dónde se encuentra la contrarrevolución, y dónde la reacción, cual es la correlación entre ellas, de qué clases, capas sociales, partidos, instituciones son sus propugnadores o vehículos.

En toda una serie de artículos, proclamas, llamamientos y manifestos del partido, así como en una serie de discursos de algunos agitadores del partido, se daba, hasta el IV Congreso del partido,

una apreciación falsa del contenido político de clase y del papel del gobierno Azaña, se presentaba el gobierno Azaña como opuesto a Lerroux, a Sanjurjo, a los monárquicos y otros grupos reaccionarios extremos. Se oponía el gobierno de Azaña a la contrarrevolución y hasta se le representaba como resistiendo al peligro de un ataque de la contrarrevolución. La principal fuerza contrarrevolucionaria organizada, que dispone de todo el aparato del Estado, es el gobierno de Azaña-Largo Caballero, que unifica y concentra en torno suyo todos los destacamentos, todas las fuerzas de la reacción y la contrarrevolución; el gobierno de Azaña-Largo Caballero, que obra y actúa en nombre de las fuerzas coaligadas de la contrarrevolución, que defiende los intereses de las clases y capas sociales explotadoras contrarrevolucionarias. Este gobierno ha sido opuesto por algunos camaradas equivocados a los diferentes destacamentos de la contrarrevolución y la reacción. Y de este modo dichos camaradas han sido las víctimas inconscientes de la táctica hábil y astuta del gobierno, se han fiado de las apariencias, de las palabras, de la vociferante demagogia republicana, no han visto a los auténticos representantes y propulsores de las verdaderas fuerzas de la contrarrevolución. Los lobos contrarrevolucionarios, revestidos de pieles de ovejas republicanas-socialistas, desgarran la carne viva de los obreros y campesinos explotados gritando al propio tiempo sobre el peligro de las "cadenas reaccionarias", ¡y nuestros ingenuos camaradas creen en estos gritos! Este error cometió precisamente la organización del partido de Bilbao cuando los sucesos del 18 de enero. Aprovechando la circunstancia de que el gobierno, las autoridades y los socialistas concentraban todas sus fuerzas contra el movimiento revolucionario de los obreros y campesinos, los terratenientes, monárquicos y clericales vascos, más de derecha, ejecutaron un acto de provocación contra los obreros a consecuencia del cual hubo 3 obreros jóvenes muertos y 4 heridos. Inmediatamente, la indignación de los obreros adquirió carácter de masas. Durante 24 horas las masas obreras fueron de hecho las dueñas en Bilbao. El gobierno, los republicanos, los socialistas, asustados por la amplitud del movimiento, maniobran rápidamente. Gritan contra el peligro clerical-monárquico, y para dominar el movimiento de masas y traerlo dentro del marco de la legalidad, las autoridades se ponen a la cabeza de la manifestación que acompañaba el entierro de los obreros muertos. Se forma un "frente único" original con las autoridades a la cabeza. El órgano semi-oficioso entonces del gobierno, "Luz", escribía con este motivo: "Ningún orador comunista se expresó con la violencia de otras veces y todos se manifestaron de acuerdo para prestar su

concurso al gobierno para combatir a los reaccionarios." La causa de la táctica errónea de nuestra organización de Bilbao, en este caso, consistió en que los camaradas, influídos por las afirmaciones demagógicas del gobierno, consideraban a éste como un gobierno "de izquierda".

El gobierno contrarrevolucionario aplica en todas partes esta táctica hábil. A veces llega a casos como el que aconteció con la detención de varios delegados al IV congreso del partido. El gobernador de Sevilla declaró a los delegados detenidos que él también condenaba con indignación a quienes les habían detenido, que el gobierno condenaba igualmente el hecho, que él y el gobierno protestaban y prometían enmendarlo, etc., etc. Y, con tal máscara demagógica, las autoridades siguen sistemáticamente una política de persecución de los comunistas y de todas las organizaciones proletarias revolucionarias.

He aquí, por ejemplo, otro caso típico. En Barcelona dominaba con los métodos más bárbaros, el gobernador Anguera de Sojo, designado por el gobierno y que aplicaba la política de este último. Anguera de Sojo destrozó el movimiento obrero clausurando los sindicatos, persiguiendo la prensa obrera y a los militantes obreros. Crecía el odio de las masas obreras. Maduraba el estallido de la lucha de masas contra este instrumento concreto de la política del gobierno, es decir, la lucha contra la política concreta del gobierno central y, por consiguiente, la lucha ulterior de masas contra el propio gobierno central. Azaña personalmente va a Barcelona, se hace recibir solemnemente por Maciá, hace un gesto demagógico, destituye al gobernador, declarando que el gobernador era monárquico y reaccionario. Algunos grupos de la gran burguesía próximos al gobernador organizan un "banquete de protesta". Los anarco-sindicalistas y "Solidaridad Obrera" proclaman que, gracias a la presión de su crítica, han logrado la destitución de Anguera de Sojo. La comedia ha sido representada a las mil maravillas. Azaña recibe la aureola de "perseguidor de los reaccionarios y monárquicos". Se adormece la vigilancia de las masas. Al mismo tiempo, el nuevo gobernador designado por el gobierno, Moles, aplica *exactamente la misma* política de persecución y represión de los obreros y sus organizaciones.

Nuestro partido debe aprender a reaccionar a tiempo y rápidamente ante todos los acontecimientos, debe aprender a movilizar a las masas y a conducir sus luchas contra todas las manifestaciones concretas o amenazas, contra todas las formas de la reacción y todos los destacamentos de la contrarrevolución, no olvidándose nunca de concentrar el ataque principal, o más exactamente ha-

ciendo que converjan todos los ataques a un fin único: el derrocamiento del poder contrarrevolucionario del bloque burgués-latifundista.

V

Para el fortalecimiento de nuestro partido tiene una gran importancia, y es absolutamente necesaria, la plena asimilación de las lecciones de los acontecimientos de enero.

A fines de diciembre, nuestro partido emprendió una gran campaña entre los ferroviarios. Esta campaña agitó a grandes capas de obreros ferroviarios. Por vez primera el partido logró extender su influencia entre los ferroviarios *por todo el país*. En el curso de diez días, el partido organizó más de treinta mítines en los principales centros del país. El Partido lanzó la consigna de la preparación de la huelga general de ferroviarios y la de elecciones de comités de lucha. El estado de espíritu entre los ferroviarios era tal, que los reformistas no se atrevían siquiera a manifestarse abiertamente contra la consigna de huelga general. Los oradores que hablaban en los mítines contra la huelga general provocaban el odio y la indignación de los ferroviarios. Los obreros les silbaban, les expulsaban de los locales, no les dejaban hablar. Toda la campaña, así como el incremento del espíritu combativo y del deseo de luchar, transformaban el movimiento en un movimiento de masas contra los jefes reformistas, contra los socialistas y sus ministros, pues precisamente el ministro socialista Prieto, al igual que los más destacados jefes socialistas y la prensa del partido socialista, no sólo condenaban las reivindicaciones de los ferroviarios, sino que exhortaban también a la organización de la resistencia contra su lucha.

La campaña entre los ferroviarios y el rápido desarrollo de su preparación para la lucha, se efectuaban en circunstancias de una extraordinaria intensidad de los combates de clase en todo el país, que había comenzado a fines de diciembre. Basta recordar el movimiento huelguístico de masas de la provincia de Badajoz, en esa fecha, en el que participaron unos ochenta mil obreros agrícolas, contra la voluntad y a pesar de la desesperada oposición de los jefes socialistas; los sucesos de Castilblanco; el ametrallamiento de la manifestación pacífica de Arnedo, donde la mayoría de las víctimas fueron mujeres y niños, y otras huelgas y manifestaciones en una serie de ciudades. Precisamente en estas circunstancias de rápido desencadenamiento de grandes y múltiples batallas de

clase cruentas y de las más variadas formas, el P.C. de España decide conjuntamente con las organizaciones ferroviarias declarar la huelga de ferroviarios el 26 de enero. Para tal fin, se acordó convocar el 24 de enero un congreso de todos los órganos de lucha (comités de lucha, comités de acción), elegidos en las localidades, así como de todas las organizaciones sindicales que se hubieran adherido hasta aquella fecha a la plataforma de reivindicaciones elaborada. El congreso debía declarar inmediatamente la huelga general de ferroviarios. En relación con el estado de espíritu combativo de los ferroviarios y tomando en consideración la ola de descontento y de huelgas que se extendía por varias regiones, el P.C. dió instrucciones a las localidades para preparar una huelga general en todo el país el 25-26 de enero.

El Partido concebía la huelga general del 25-26 de enero como una huelga política de masas ligada a la huelga general de ferroviarios. La fecha del 25-26 fué fijada a fines de diciembre, el 27 ó 28, antes aún de que estallase la huelga de los ochenta mil obreros agrícolas de Badajoz y Extremadura. La semana siguiente se producen los sucesos sangrientos de Castilblanco, poco después los de Arnedo, la lucha en Sevilla, más tarde estalla la lucha en Cataluña, que en el valle del Llobregat cobra el carácter de insurrección armada. Y en todo el país se acrecen los desmanes de la guardia civil de Sanjurjo, levantan la cabeza todas las fuerzas sombrías de la sangrienta contrarrevolución y reacción burguesa-latifundista, católica y socialista-republicana.

La amplitud y el ritmo de los acontecimientos, la acritud de los combates, el estallido del descontento de masas, de la efervescencia general, las acciones revolucionarias espontáneas de las masas mismas en las localidades, en la mayoría de los casos contra la voluntad y la oposición de los jefes reformistas y anarcosindicalistas, creaban una situación en la cual era necesario reaccionar ante los acontecimientos de un modo organizado, rápido, oportuno, era preciso lanzar inmediatamente nuevas consignas en consonancia con la nueva situación, fijar con precisión, claridad y de un modo popular las consignas inmediatas de la lucha de masas en la *situación dada*, mostrar a las masas el fin inmediato de cada movimiento, dar a las masas combatientes una perspectiva precisa y, lo que es más importante, intervenir activamente y en todas partes a la cabeza de las masas como organización directora que conduce las fuerzas organizadas, como verdadera vanguardia revolucionaria.

El Partido Comunista no acertó a intervenir así. Lo importante no es que el Partido se hubiera ligado a una fecha determinada, el 25-26 de enero, para la huelga general. Fijar por adelantado un

plazo determinado, una fecha determinada, y movilizar todas sus fuerzas, toda su energía para la preparación de la huelga en todos los sentidos, no puede ser considerado en modo alguno como un error. Porque se puede y se debe saber reducir o alargar este plazo teniendo en cuenta la situación real, el ritmo y la agudeza de los acontecimientos, la amplitud de la lucha, los cambios en el estado de espíritu, comprensión y reivindicaciones de las masas. Pero a nosotros nos ocurrió otra cosa. Ante el Partido se alzaron dificultades que no supimos vencer; no estuvimos tampoco en condiciones de cambiar la fecha fijada previamente. Aquí se reflejó con toda su fuerza nuestra debilidad de organización, se reflejaron las concepciones y métodos de trabajo sectarios tradicionales, no extirpados aún definitivamente. La dirección del Partido trató de fijar otra fecha para la huelga general política, sin esperar al 25 de enero. Esta tentativa fracasó. La dirección del Partido no pudo, después de los acontecimientos de Arnedo y Cataluña, movilizar inmediatamente a todo el Partido. Una vez más, el centro director del Partido no había recibido las informaciones necesarias de las organizaciones locales sobre los acontecimientos que en las localidades se producían. Y una vez más se puso de manifiesto el defecto tantas veces señalado de que las organizaciones regionales, más exactamente, los comités regionales no saben en todas partes reaccionar independiente, rápida y justamente ante los acontecimientos sin esperar directivas especiales del centro. Las enseñanzas de los acontecimientos de enero son de un valor inestimable y no deben ser olvidadas. Hay que estudiarlas con la máxima atención, reflexionar profundamente sobre ellas, con el fin de vencer rápidamente todas las debilidades del Partido.

Son sobre todo valiosísimas las enseñanzas de los acontecimientos de enero en Valencia. Desgraciadamente, no todo el Partido conoce lo que allá pasó. El Partido logró por primera vez no sólo penetrar entre las masas obreras de Levante, sino conquistar una gran influencia en la región, en la misma ciudad de Valencia y en los pueblos circunvecinos, es decir, en una de las más potentes fortalezas tradicionales de la ideología y organización anarcosindicalistas. El cuadro de la lucha desarrollada en enero en Levante y en Valencia mismo es muy característico y aleccionador. El Partido puede y debe sacar de aquí una serie de enseñanzas políticas estratégicas, tácticas y prácticas de organización. En efecto, los jefes locales de las organizaciones anarcosindicalistas, aplicando las directivas de su central, emprenden desde el comienzo de enero una campaña contra la huelga del 25-26 del mismo mes. Su finalidad era impedir la huelga fuera como fuese. Pero el espíritu com-

bativo de las masas aumentaba de día en día. Las masas querían luchar, estaban dispuestas para la lucha. La avalancha crecía. Entonces, los anarcosindicalistas abandonan la táctica de oposición y la reemplazan por una maniobra conocida: romper la huelga, declararla antes, sin esperar al 25-26 de enero, y naturalmente hacerla según el tradicional método anarquista: sin organización, sin consultar a las masas, sin finalidad determinada. Los obreros no querían ni oír hablar de las proposiciones anarcosindicalistas, a las que respondían: "Iremos a la huelga el 25-26". Y los anarquistas hacen una nueva maniobra: proponen a la dirección local del Partido el frente único para la huelga el 17-18 de enero, convenciendo a los comunistas de que es inútil esperar hasta el 25. La dirección de la organización comunista local, subestimando, desconociendo el verdadero espíritu de los obreros, aunque estos últimos habían solicitado repetidas veces que los comunistas se acercaran a ellos y les explicasen la línea del Partido, aceptó la proposición de los anarquistas. El "frente único por arriba" fué realizado. Se declara la huelga. El 17 por la mañana pequeños grupos de anarquistas y comunistas armados de pistolas, y algunos hasta con bombas, intentan con amenazas obligar a los obreros a sumarse a la huelga. Surgen colisiones con la policía. Aquí y allá son volcados algunos tranvías. Pero de todos modos no se logra desencadenar la huelga general. El 18 apenas quedaban huellas de la huelga. Gracias a la dirección local de las juventudes comunistas, continúa la campaña y la preparación de la huelga del 25-26. Y ¿qué resultó? *Los días 25-26 la huelga fué completa.* Las masas obreras de Valencia, dirigidas y engañadas decenios enteros por los anarquistas y que habían visto el error de la dirección local del Partido, *se manifestaron de un modo imponente y unidas, siguiendo las directivas y consignas de la dirección central del Partido.*

La huelga fué general en Valencia, con su medio millón de habitantes, y en los pueblos circunvecinos. En cambio, cerca de allí, en Alicante, no hubo huelga. ¿Por qué? Porque el comité regional residente en Alicante, y que se hallaba bajo la influencia de la orientación oportunista de derecha del camarada Millá, acordó no organizar la huelga, pretextando para ello el fracaso de la huelga en Valencia el 17-18, los métodos putchistas de los anarquistas, el peligro de que los obreros anarquistas transformasen la huelga en putch (1). Millá y el Comité regional comprendieron poco des-

(1) En el Congreso del Partido, Millá y el Comité regional de Levante fueron enérgicamente criticados. Millá declaró que la crítica era justa; tanto él como el Comité regional habían comprendido a tiempo su error y lo habían reparado en parte prácticamente organizando con acierto el 15 de febrero la huelga general contra la deportación de los revolucionarios catalanes.

pués su error y algunos días más tarde, el 15 de febrero, supieron organizar la huelga general de protesta contra la deportación de anarquistas y comunistas con motivo de los acontecimientos de enero. Pero, a poco, el 1 y 2 de mayo el Comité regional con el camarada Millá a la cabeza dieron otra vez pruebas de pasividad oportunista no aplicando la directiva del Comité Central del Partido sobre la huelga de demostración de 48 horas.

VI

Tampoco existe en el Partido una comprensión muy clara del problema concerniente al papel y significado de los Soviets, a las condiciones y momentos en que deben crearse los Soviets.

¿Qué son los Soviets? El Soviet es la organización de masas más sencilla y al propio tiempo más potente, que agrupa a todos los proletarios y a todos los trabajadores explotados. Los Soviets surgieron por vez primera en el fuego de la lucha de la revolución rusa de 1905. El nacimiento de los Soviets está íntimamente ligado al ascenso del movimiento revolucionario de masas, a la huelga política que se convirtió en huelga general y se transformó en insurrección. El contacto de los Soviets con las masas — ya que las propias masas los creaban—, así como su autoridad, eran tan grandes, que once años después de la destrucción de los primeros Soviets, al principio de la revolución de 1917, los Soviets se extendieron en muy pocos días por todos los centros importantes de Rusia, y en un corto período—menos de un año—, bajo la dirección de los bolcheviques, derrocaron el poder de la burguesía. La experiencia de las revoluciones de 1918-20 en Europa ha demostrado que los Soviets no son sólo una forma rusa de organización de las fuerzas revolucionarias del proletariado, sino que son una forma internacional.

Resumiendo las experiencias de estos años, Lenin señaló que “las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron a un desarrollo en todos los aspectos de los Soviets en la escala nacional, más tarde a su triunfo en la revolución proletaria, socialista. Y en menos de dos años se puso de manifiesto el carácter internacional de los Soviets, la aplicación de esta forma de lucha y organización al movimiento obrero mundial, el reconocimiento histórico de que los Soviets son los sepultureros, los herederos, los sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general” (1).

(1) Lenin “Obras Completas” (en ruso), t. XXV, p. 227.

El poder de los Soviets es la forma concreta de la dictadura del proletariado y de la dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y los campesinos que la preparan. El poder de los Soviets es un nuevo tipo de Estado, que se diferencia por principio del Estado burgués-feudal. El poder de los Soviets representa la dictadura proletaria. La ceguera pequeñoburguesa de los anarquistas les impide percibir este carácter de los Soviets y en último resultado se apartan del Estado soviético obrero para servir de hecho al Estado explotador burgués-feudal. En oposición a los anarquistas y a todos los demás agentes de la burguesía en las filas de la clase obrera, el Partido Comunista lanza una idea clara y precisa: los Soviets como instrumento del poder revolucionario del proletariado y los campesinos. El proletariado necesita del poder para aplastar la resistencia de los explotadores. Los Soviets son la mejor forma de poder revolucionario del proletariado y los campesinos, porque abarcan directa e indirectamente a toda la masa trabajadora en el lugar de su trabajo, dándole plenitud de poderes y recusando a los explotadores. Los Soviets inauguran una nueva era en la historia de la humanidad y todo el que se oponga a los Soviets sirve de hecho a la burguesía, cualesquiera que sean las frases con que se encubra.

Pero los Soviets no son únicamente órganos del poder del proletariado, o del proletariado y los campesinos, sino también órganos de lucha por ese poder. Los Soviets son creados por las masas en el momento del ascenso de la ola revolucionaria. Marchando hacia el establecimiento de su propio poder, los obreros y campesinos españoles tienen ante sí la tarea inaplazable de organizar los Soviets, de desarrollarlos en todos los sentidos, de fortalecerlos y de derrocar por medio de ellos el poder de la burguesía y los terratenientes coaligados.

El Partido Comunista de España, que expresa y defiende los intereses del proletariado, no ha hecho en el año y medio de revolución transcurrido todo lo necesario para crear los Soviets. En parte a causa de su debilidad, en parte gracias a una serie de errores políticos, el Partido ha dejado pasar una serie de momentos más o menos favorables para la organización de los Soviets. Ni el 14 de abril, ni el 10-11 de mayo, ni el 20-25 de julio en Sevilla, ni finalmente el 25-26 de enero de 1932 hizo el Partido intento alguno de organizar los Soviets. Y, sin embargo, la creación de los Soviets pudo y puede tener una significación decisiva para el curso de la revolución. La idea de los Soviets es de día en día más popular en todo el mundo y cada paso hacia su realización posee un importantísimo significado de principio internacional. Hasta en el caso

de que los Soviets primeramente creados fuesen destruídos gracias a la superioridad de las fuerzas de la burguesía, desempeñarían un papel revolucionario positivo. Darían nacimiento a una tradición soviética en las filas del proletariado, crearían el hábito del poder revolucionario y favorecerían la más rápida y amplia difusión de los Soviets en un nuevo momento, más favorable. Ni que decir tiene, todo este significado positivo se da únicamente en el caso de que los Soviets formados sean efectivamente de masas y gocen de verdadera autoridad.

El problema de la creación de los Soviets es, pues, uno de los problemas revolucionarios más importantes que se plantean ante el Partido Comunista de España. Aquí es necesario evitar dos errores. En primer lugar, existe el peligro de organizar los Soviets en forma dogmática y sectaria. Algunos militantes del Partido preguntan a veces: ¿Cómo organizar los Soviets si no tenemos instrucciones precisas ni un reglamento para ello? ¿Cuáles son las normas de representación? ¿Cuál es el procedimiento electoral? Semejante modo de abordar la cuestión es completamente inadmisibles en circunstancias revolucionarias. Los Soviets, que se forman bajo la dominación de la burguesía para la lucha contra el Estado burgués, no pueden estar regulados por normas severas y enteramente homogéneas. El fundamento de los Soviets es la representación de las fábricas y de los campesinos explotados, la representación de los trabajadores por el lugar donde trabajan. Esta representación se logra cuando existe un potente movimiento revolucionario de masas, cuando madura en las masas trabajadoras el deseo de organizarse y oponer su organización a la clase dominante. Importa que las fábricas y los pueblos envíen sus delegados a los Soviets, que estos delegados gocen de autoridad entre las masas. Los detalles de la creación de los Soviets son dictados por las circunstancias concretas. Se puede aún señalar únicamente que la democracia soviética, desprovista de hipocresía, supone el voto directo y abierto de los trabajadores en oposición al voto burgués "secreto", "oculto", propicio a toda suerte de maquinaciones.

Otro peligro consiste en la sobreestimación del factor espontáneo en la organización de los Soviets. De la necesidad de que exista un amplio movimiento de masas como premisa para la creación de los Soviets se saca la falsa conclusión de que el movimiento espontáneo *por sí solo* es suficiente para que los Soviets se formen por sí mismos. Esta conclusión es profundamente errónea. Los Soviets no surgen por sí solos en las circunstancias actuales. Para que se formen es menester la ingerencia consciente, organizada, del

Partido Comunista, de la vanguardia del proletariado. Partiendo del movimiento de masas como premisa necesaria, el Partido Comunista debe saber conducir las masas tanto a la creación de los Soviets como a la lucha ulterior de los Soviets por el poder.

Cuándo y en qué condiciones pueden crearse los Soviets de diputados obreros fué ya señalado en el II Congreso de la Internacional Comunista en 1920. Como condición fundamental se exige un "impulso revolucionario de masas entre las más amplias masas de obreros de ambos sexos, de soldados y la población trabajadora en general". No cabe duda alguna de que en España existe tal situación. Desde el 14 de abril de 1931 se desarrolla en España, atravesando diversas fases, un proceso revolucionario. La formación de los Soviets en un cierto estadio de esta revolución es absolutamente necesaria.

La creación de los Soviets como órganos de lucha por el poder del proletariado y los campesinos no debe ser concebida mecánicamente, como el planteamiento inmediato en el orden del día del problema de la insurrección. Entre la formación del primer Soviet y la insurrección que derroque el poder de la burguesía y los terratenientes puede transcurrir un cierto tiempo, determinado exclusivamente por las circunstancias concretas. La misión del Soviet en el momento de su creación consiste en agrupar a las masas obreras y campesinas, en organizarlas sobre el terreno de sus reivindicaciones revolucionarias fundamentales. El Soviet debe en primer término conquistar la autoridad necesaria entre las mismas masas trabajadoras, ganar su confianza completa y pasar a ser un segundo poder, al lado y en oposición al poder de la burguesía. La cuestión de la insurrección se determina en primer lugar, por el grado de preparación política de las masas para la toma del poder y en general por la agudeza de la crisis revolucionaria. Las circunstancias concretas del momento determinan también la posibilidad de incluir abiertamente en el Soviet a diputados soldados y de crear comités de soldados. El trabajo en esta dirección es absolutamente necesario y es una importantísima obligación del Partido.

La necesidad de asegurar la verdadera autoridad y el reconocimiento de los Soviets por las masas, influye de modo especial sobre el problema de la composición de los Soviets desde el punto de vista de Partido. Para los Soviets deben ser elegidos obreros y campesinos revolucionarios que consideren los Soviets como la organización general de mayor autoridad del proletariado y los campesinos y estén dispuestos a luchar contra el poder de la burguesía. Es absolutamente inevitable el predominio numérico en los

primeros tiempos de los obreros sin partido y la existencia de un gran porcentaje de obreros anarquistas y socialistas. Más aún, los organizadores comunistas de los Soviets deben preocuparse especialmente de que los mejores obreros anarquistas y socialistas, revolucionarios auténticos, estén representados en los Soviets, de que los Soviets aparezcan sin discusión ante los ojos de los obreros más atrasados como la organización de toda la clase, y no como un partido. Pero, por supuesto, el Partido Comunista, por medio del trabajo de su fracción en el Soviet, debe garantizar la dirección bolchevique justa de los Soviets, única capaz de conducir los Soviets a la victoria sobre el enemigo de clase. La fracción comunista del Soviet debe educar a los obreros sin partido, anarquistas, socialistas y hasta republicanos y atraerlos al Partido. La lucha de clases contra la burguesía habrá de prolongarse en el interior de los Soviets, donde la burguesía intervendrá por medio de sus agentes. El Partido Comunista debe saber mostrar bastante flexibilidad en todo este trabajo, evitando el sectarismo de grupo y el remolquismo espontáneo. Es completamente comprensible que allí donde el partido comunista gane directa e inmediatamente la confianza de la aplastante mayoría de las masas obreras, esto se reflejará de un modo correspondiente en la composición del Soviet.

VII

La tarea de crear los Soviets es tan importante y significativa, que es imprescindible un trabajo en todos los aspectos en esta dirección. Es necesario crear organizaciones de masas tales que, sin ser todavía los Soviets, realicen sin embargo la preparación política y de organización precisa para la formación de los Soviets.

En la fase actual de la revolución española, los comités de fábrica y taller y los comités de campesinos son organizaciones de esa especie. Estos comités han empezado ya a crearse y existen en algunos sitios, pero su papel y significación distan mucho de ser comprendidos en grado suficiente. La incomprensión del significado de los comités de fábrica y de los comités de campesinos favorece las maniobras de los agentes de la burguesía entre la clase obrera. La dirección socialfascista ocupa una posición francamente negativa respecto de los comités de fábrica y comités de campesinos. Allí donde son formados, los jefes socialfascistas se esfuerzan en destruirlos. La dirección anarcosindicalista, si acepta los comités de fábrica, es únicamente como secciones locales de los

sindicatos. Los trotskistas consideran los comités de fábrica como "órganos administrativo-económicos de las empresas" (1).

A todas estas maniobras e interpretaciones hay que oponer una comprensión clara y precisa de la cuestión. Los comités de fábrica y los comités de campesinos son vastísimas organizaciones primarias de clase del proletariado y de los campesinos. Sin hablar ya de los campesinos, que no entran en los sindicatos, hay que tener presente que en cada empresa distan mucho de estar organizados todos los obreros. El comité de fábrica agrupa a todos los obreros de la empresa, organizados y no organizados, cualesquiera que sean el partido a que pertenezcan y su orientación—anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos, sin partido, y también católicos y de derecha—, con tal que sean efectivamente obreros. Una amplia base de clase — tal es el sentido esencial de la existencia de los comités de fábrica como órganos de la unidad de clase del proletariado—. El comité de fábrica no es un órgano "económico-administrativo". Tal planteamiento de la cuestión pone al descubierto con la máxima brillantez el fondo contrarrevolucionario del trotskismo, que labora en beneficio de la burguesía. Restringir a tal punto la esfera de acción del comité de fábrica significa de hecho transformarlo en órgano de colaboración de clases, mientras que el comité de fábrica revolucionario es sólo concebible como órgano de lucha de clases. El comité de fábrica es el organismo de la lucha de clases de los obreros de la fábrica. Es natural que esta lucha de clases comience con las condiciones prácticas, inmediatas de trabajo y situación de los obreros de la fábrica donde exista el comité, que posea su base firme en las reivindicaciones económicas inmediatas. Pero la auténtica lucha de clases no se limita a estas cuestiones y reivindicaciones. Va más lejos. Llega a la lucha política, traduce la solidaridad de todos los obreros, de todas las fábricas del país, la voluntad del proletariado como un todo, como clase. De manera que el comité de fábrica es un órgano de la lucha de clases, económica y política, del proletariado. Y esto precisamente es lo que permite que se consideren los comités de fábrica como una preparación de los Soviets.

El problema de los comités de fábrica no puede ser planteado, claro está, en forma general, abstracta, análoga para todos los países y todas las situaciones. En Alemania, por ejemplo, donde los comités de fábrica existen ya hace muchos años en el marco de la república burguesa, se han convertido, gracias a la dirección socialfascista traidora, en órganos de colaboración de clases, en una

(1) Henri Lacroix: "Qué son los comités de fábrica".

especie de órganos “económico-administrativos” según el ideal de los trotskistas. Pero en España la situación es muy distinta. Aquí, los comités de fábrica, en las circunstancias actuales, son órganos revolucionarios, que acaban de formarse, que conquistan en la lucha el derecho a la existencia. Y la determinación más práctica de lo que serán los comités de fábrica es un problema de lucha. El Partido Comunista, que defiende los intereses del proletariado, debe proteger a los comités de fábrica—y a los comités de campesinos—contra la burguesía y sus agentes, que aspiran a tornar inofensiva esta organización de combate de los obreros y campesinos. Los comités de fábrica y los comités de campesinos deben ser el embrión en los Soviets—tal es la línea del Partido Comunista—. En el trabajo cotidiano es necesario crear sin descanso comités de fábrica en las ciudades y comités de campesinos en el campo a fin de que, en el momento favorable, puedan unificarse en la escala nacional y facilitar la tarea de crear los Soviets.

Desgraciadamente, hasta los tiempos más recientes el Partido no hizo un verdadero viraje en el sentido de organizar realmente comités de fábrica y comités de campesinos. Este problema no fué planteado en la prensa del Partido hasta fines de 1931, y por añadidura en forma poco detallada y clara. Y, sobre todo, no fueron adoptadas suficientes medidas prácticas de organización para garantizar el cumplimiento de esta tarea. Un ejemplo típico es la historia del comité de fábrica de la Comercial del Hierro en Madrid. El comité fué organizado en diciembre de 1931. Pero la dirección socialfascista del sindicato metalúrgico supo maniobrar hábilmente y conseguir liquidar el comité. La organización del Partido de Madrid no hizo todo lo necesario para sostener el comité de fábrica de la Comercial del Hierro, para crear comités de fábrica en otras empresas, para realizar una gran campaña en favor de los comités de fábrica.

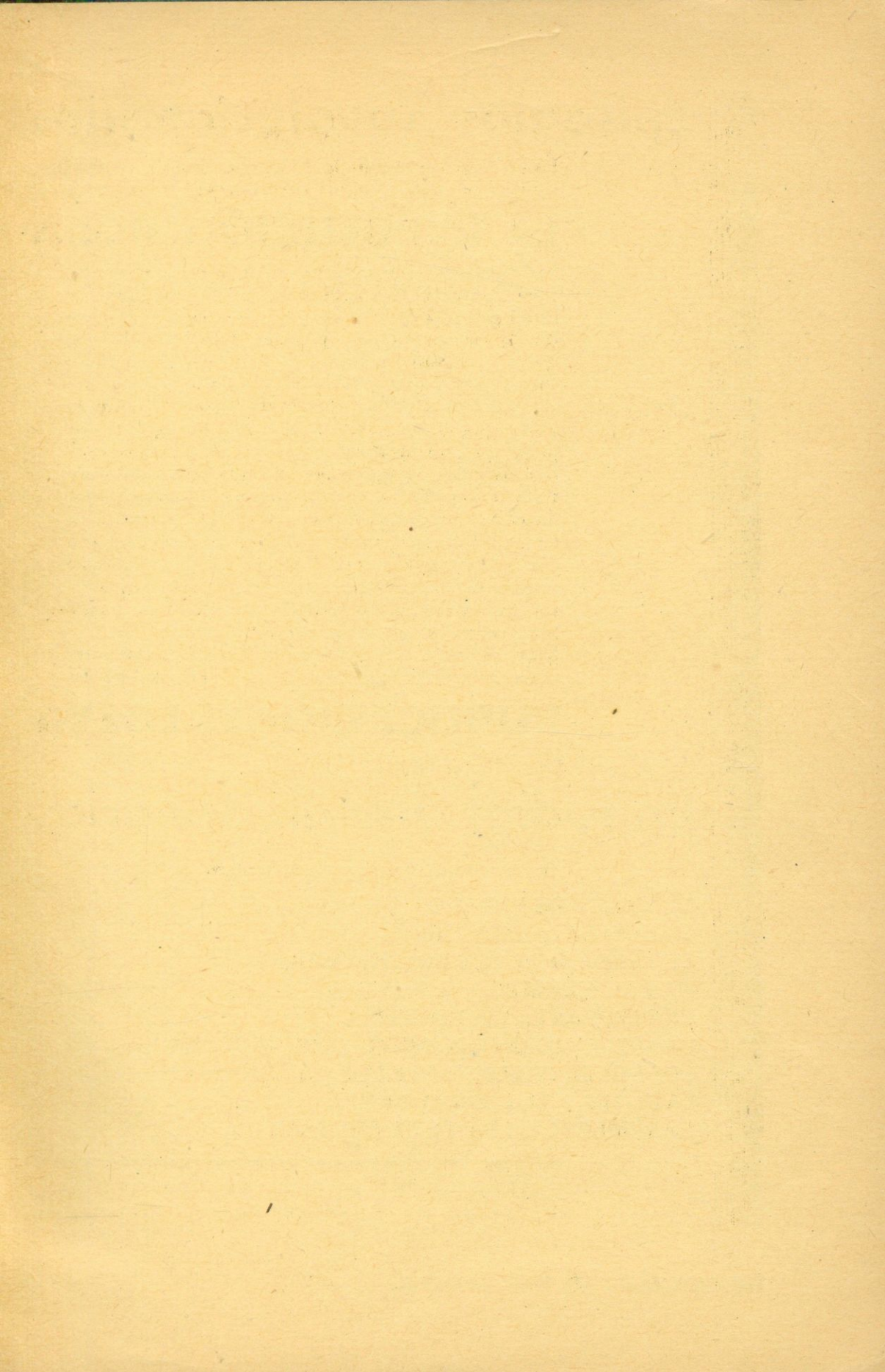
Y desde entonces, en la mayoría de los centros industriales se ha hecho muy poco para crear comités de fábrica, así como tampoco se ha hecho casi nada por formar comités de campesinos. Constituye una excepción Sevilla, donde existen comités de fábrica y donde, en abril de 1932, se celebró una conferencia de comités de fábrica que eligió su “consejo central”, el cual decretó la supresión del pago de alquileres para los parados y la reducción de los alquileres de los demás obreros. Estos pasos dados en Sevilla son justos desde el punto de vista de las particularidades tácticas del momento. Pero su aplicación no puede ser considerada como afortunada. Se hizo muy poco para atraer a la conferencia a los obreros no afiliados a los sindicatos dirigidos por los comunistas. Asi-

mismo fué insuficiente la difusión del ejemplo de Sevilla en los demás centros industriales. Es característico que, hablando del "consejo central" de delegados de fábrica, los periódicos "Las Masas" y "Unidad Sindical" se limitaran a dar una información y no dijese una sola palabra sobre el significado de tal hecho, ni sobre lo que debían hacer los obreros de las demás ciudades.

Semejante proceder debe ser corregido de una vez para siempre. Los comités de fábrica y los comités de campesinos deben ocupar el centro de la atención del partido, como los eslabones más importantes de su trabajo. La creación de comités de fábrica y de comités de campesinos, su difusión en la escala nacional, el afianzamiento de su autoridad entre las masas mediante la práctica de la lucha de clases, económica y política, más tenaz y constante, es la tarea actual más importante del Partido Comunista.

Debe prestarse también una especial atención a los comités de campesinos. Aquí, al lado de la necesidad de crear una base de organización de masas en general, existe la necesidad de dar pasos prácticos para desarrollar la revolución agraria, sin la cual en general es imposible la victoria de la revolución española. La desatención del Partido en lo que atañe a los comités de campesinos descubre dos fallas profundas y simultáneas de nuestra organización: su pasividad en lo que se refiere a la organización de las masas y su pasividad también en lo concerniente al desenvolvimiento de la revolución agraria. Ambas fallas tienen que ser corregidas.

En la etapa presente de la revolución, los aliados del proletariado son los campesinos pobres y medios, los campesinos laboriosos explotados. Los obreros agrícolas, más próximos aún al proletariado, constituyen una parte inseparable de éste. Los comités de campesinos, en la etapa actual deben abarcar a los campesinos medios y pobres y a los obreros agrícolas. Pero, en el marco de los comités de campesinos, el Partido debe saber asegurar el predominio de los obreros agrícolas y de los campesinos más pobres, más próximos al proletariado. Es absolutamente necesario separar a los obreros agrícolas y campesinos pobres, crear fracciones comunistas entre los unos y los otros (sin hablar ya de los sindicatos de obreros agrícolas) en los comités de campesinos a fin de garantizar la línea revolucionaria de los comités, de preservarlos de la influencia y vacilaciones de las capas altas de campesinos medios. Con todo, la unificación de los obreros agrícolas, campesinos pobres y medios en los comités de campesinos es necesaria para fortalecer el frente revolucionario, para agrupar todas las fuerzas capaces de luchar contra los vestigios del feudalismo y por la revolución agraria.



Episodios Revolucionarios

La enorme importancia, la trascendencia formidable de la más grande de las revoluciones de la Historia,

LA REVOLUCIÓN RUSA

ha tenido por consecuencia que la atención se fijara preferentemente en la historia de conjunto, en la línea general de la revolución, descuidando el detalle, la anécdota, el episodio cotidiano del movimiento revolucionario. Y, sin embargo, nada más interesante que esta lucha cotidiana, nada más atrayente y útil para los trabajadores revolucionarios, que el relato día por día de la formidable lucha que terminó con la tiranía zarista y derrumbó la opresión capitalista en la sexta parte del mundo. Para la enseñanza revolucionaria de los oprimidos de todo el mundo, la exposición de estos episodios tiene un capital interés. Cómo se forma un soviet, cómo se prepara una huelga, cómo funciona una imprenta clandestina, son lecciones magistrales, son experiencias de las cuales se deducen enseñanzas inapreciables, de enorme trascendencia.

Esta historia anecdótica, íntima, del movimiento revolucionario ruso, es la que se propone hacer

PUBLICACIONES EDEYA

en la colección

Episodios Revolucionarios

Se han publicado en esta colección:

EL SOVIET DE PARADOS, por Malyshev.

LA HUELGA, por Nikiforov.

EL TRABAJO DE LOS BOLCHEVIQUES

EN EL EJÉRCITO, por Yaroslavski.

UNA IMPRENTA CLANDESTINA.

LA SUBLEVACIÓN DEL ACORAZADO «POTEMKIN».

LOS BOLCHEVIQUES ANTE LOS JUECES.

LA FLOTA Y EL EJÉRCITO ROJO.

EN VÍSPERAS DE LA TOMA DEL PODER.

Pedidos a PUBLICACIONES EDEYA
Apartado de Correos 1149 / Barcelona

Precio: 0,25 ptas.